

Crítica de Libros

MILLÁN-PUELLES, Antonio: (1990) *Teoría del objeto puro*. Madrid, Rialp. 836 pp.

Sin duda se trata de la obra de mayor madurez filosófica dentro de la ya dilatada bibliografía del autor. El libro viene a culminar una muy vasta investigación ontológica cuyos orígenes se remontan hasta 1947, año en que se publicó su tesis doctoral con el título «El problema del ente ideal (Un examen a través de Husserl y Hartmann)». Otro hito importante en este trayecto filosófico lo constituye «La estructura de la subjetividad» (1967). Con ambas obras, pese a ocuparse en asuntos diferentes, la presente investigación establece un profundo nexo vital.

La Teoría del objeto puro surge con ocasión de constatar la índole paradójica de una conocida tesis tomista: la realidad de la privación consiste justamente en privación de realidad, en un relativo no-ser. La ignorancia, la ceguera, el frío, el mal moral, por citar algunos ejemplos característicos, más que realidades son faltas de realidad, y no son efecto, por ello, de una causa eficiente sino deficiente. Millán-Puelles ensaya aquí una clasificación exhaustiva de los tipos de irrealidad y una detenida investigación etiológica de cada uno de ellos, en estricto paralelismo con los dos tratados en que se articula la Metafísica del ser (Ontología y Teología filosófica).

Desde el punto de vista histórico cabe aludir, entre otros, a tres antecedentes claros de este asunto que pueden ser considerados aquí como fuentes: por un lado, las menciones que hace Aristóteles a uno de los diversos sentidos en que puede tomarse la voz «ente», a saber, el «ser-verdad-que», que indudablemente puede aplicarse al no-ente. En segundo lugar estaría el debate escolástico sobre el estatuto de los entes de razón. Por último, las diversas ideas de Brentano en torno a la representación de lo irreal.

La exposición doctrinal comienza con un análisis fenomenológico-ontológico de la noción de objeto en cuanto tal, es decir, prescindiendo del tipo de objeto de que se trate —por decirlo así, de su materia— en qué consiste para el objeto su ser-objeto. El análisis del objeto formalmente tomado da como resultado la comprobación de que la objetualidad es, ontológicamente considerada, una denominación extrínseca, que el ente en tanto que tal no se ve afectado en sentido ontológico por su situación de ser-objeto de una representación o, lo que es lo mismo, que ésta no es una determinación real en él. Ciertamente, tanto el representar objetivante como la conciencia en acto de representarse un objeto tienen un estatuto ontológico claro, pero el ser objetivado es puramente irreal en el término intencional del acto representativo. Mas no por ello carece de toda vigencia. El estatuto propio de la noción de objeto puro como aquello cuya única vigencia es la que le otorga su ser término intencional del acto de una conciencia representativa queda bien descrito en la definición nominal que posteriormente se expone y analiza con detalle. Seguidamente viene la taxonomía y la explicación causal de lo irreal. Por último, la sección dedicada a la teleología del objeto puro abre el planteamiento —hasta aquí exclusivamente teórico— a una dimensión antropológica y ética de la irrealidad del futuro contingente como espacio de la libertad humana, asunto que requiere un desarrollo mo-

nográfico aparte y del que se ocupará el autor presumiblemente en su «ética de la libre aceptación de sí mismo», actualmente en curso de realización.

Pienso que la virtualidad fundamental de esta obra estriba en el extraordinario esfuerzo que supone por aquilatar los instrumentos conceptuales necesarios para llevar a cabo con rigor la Metafísica del ser. Como señala gráficamente el autor en la Introducción, «para el *cabal despliegue del realismo la teoría* que consiste en la explícita y sistemática elucidación de lo irreal es cosa tan necesaria como la idea de lo cóncavo para la noción de lo convexo» (p. 14). Solamente en función de lo «transobjetual» tienen sentido todas las precisiones que en torno a lo puramente objetual aquí se hacen (p. 65).

Por otra parte, muestra bien el gran reto que tiene por delante la investigación metafísica. Si se entiende bien la analogía del ente y la enorme plasticidad del objeto material de la Metafísica —que es la más perfecta concreción epistemológica de la sabiduría natural— se entiende también que ésta deba prolongarse, para alcanzar su complejión teórica, en una Teoría del objeto puro. Millán-Puelles recoge lo esencial del debate histórico precedente pero profundizándolo para obtener una panorámica mucho mayor. En este sentido, la confrontación con los puntos más relevantes de la Teoría del Objeto tal como aparece propuesta en Meinong, por ejemplo, ofrece también la perspectiva necesaria para advertir que la investigación metafísica sobre el ente trascendental sólo ha tenido hasta ahora un desarrollo incipiente.

La defensa del realismo metafísico que aquí se lleva a cabo reviste un vigor que no se debe tanto a la refutación del idealismo —por cierto, la más eficaz que he encontrado hasta ahora— como al esfuerzo de fundamentación que se realiza desde una perspectiva completamente original. Se trata, en fin, de un trabajo filosófico cabal que auna el rigor característico del tomismo con una singular capacidad de penetrar en el fondo de los problemas que se suscitan.

La envergadura especulativa de la obra así como la dificultad intrínseca de los asuntos en ella tratados obligan al autor a un esfuerzo por pulir la terminología que a veces llega al escrúpulo, pese a suavizar los pasajes más densos con la proverbial elegancia de su expresión.

La lectura de esta obra puede resultar muy fecunda en particular para investigaciones en el ámbito de la Metafísica y la Teoría del conocimiento. Su lectura exige una amplia familiaridad con la historia de la filosofía occidental, en especial con la gran tradición aristotélico-tomista, la fenomenología y el idealismo kantiano. También se alude a veces a lo más central del debate en el seno de la filosofía analítica.

José María Barrio Maestre

SAVIGNANO, Armando: *Unamuno, Ortega, Zubiri*. Guida Editori, Napoli, 1989, 310 pp.

En Italia no suele ser frecuente encontrar filósofos interesados en dialogar con el pensamiento filosófico de España. Desgraciadamente, los italianos seguimos ligados excesivamente a una visión literaria de la realidad histórica de España. El presente libro de Savignano no sólo presenta a los lectores italianos las más actuales aportaciones sobre Unamuno, Ortega y Zubiri, sino que también entabla un diálogo fecundo en sus méto-

dos de filosofar. Savignano ha contribuido enormemente a elevar el conocimiento de la filosofía española en Italia a través de muchos artículos y, sobre todo, de metódicas y analíticas monografías (*Psicologismo e giudizio filosofico in Heidegger, Zubiri e Marechal* [1976], *Ortega y Gasset. La ragione vitale storica* [1984], *Il Cristo di Unamuno* [1990]), o de cuidadas traducciones (*Idee per una storia della filosofia* [1983], de Ortega y Gasset, *Il problema dell'uomo. Antropologia filosofica* [1985] de Zubiri).

En la presente obra Savignano se propone analizar en un plano filosófico estas voces «más originales de la filosofía española y, tal vez, europea, de nuestro siglo». Aceptada la continuidad entre los tres filósofos frente a un común horizonte de problemas españoles y europeos, el autor pone de manifiesto la necesidad de un esfuerzo especulativo para comprender las peculiaridades y las diferencias de sus trayectorias filosóficas. En el primer capítulo: «Unamuno e il sentimento tragico della vita», Savignano aborda la incesante y agónica búsqueda de Dios. En este marco cabe subrayar la original filosofía de la religión, no identificada necesariamente con una religión positiva. En el capítulo sobre «La realtà della vita umana» se analizan los temas que entretienen la razón vital e histórica, última verdadera salvación del hombre. En Ortega tenemos una verdadera epistemología, una nueva antropología y una nueva ontología. Lo propio del pensamiento de Ortega no es la caída en el irracionalismo, en el utopismo o en el racionalismo, sino la manifestación de convertir la filosofía en una tarea vital en la que el hombre pueda vivir su realidad multilateral. El tercer capítulo: «La metafisica del reale e l'intelligenza senziente in Zubiri», constituye uno de los pocos diálogos filosóficos que se han producido en Italia con el filósofo vasco. Savignano califica este pensamiento de «sutil y riguroso».

La obra se completa con el diálogo del primer Ortega con Unamuno y de Ortega con Zubiri «dinanzi alla fenomenologia e all'esistenza». Se compartan o no los puntos de vista de estas filosofías, de lo que no cabe dudar, dice Savignano, es de que «en una época marcada por una situación intelectual de crisis, tal vez, no resulta de poco relieve, una vuelta a la filosofía como metafísica: tal ha sido la aportación, desde contrarias perspectivas, de Unamuno, Ortega y Zubiri».

Felice Gambin (Verona)

RUBIO CARRACEDO, José: *¿Democracia o representación? Poder y legitimidad en Rousseau*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.

José Rubio, catedrático de Ética en la Universidad de Málaga, vuelve a hacerse presente en nuestras librerías en el año 1990 con un libro, pocos meses después de «Paradigmas de la política. Del Estado justo al Estado legítimo (Platón, Marx, Rawls, Nozick)». Ed. Anthropos, Barcelona, 1990.

La continuidad de ambos escritos es evidente no sólo en el tiempo, sino también en el tema, siempre filosofía política, y desde luego en el método y en el rigor: Abrumador dominio de los asuntos tratados, minuciosa lectura de los autores citados, atención a la posible evolución de su pensamiento, reflexión crítica y distanciamiento propositivo. Miles de horas de trabajo, en resumen, para un sector minoritario de público en un país que se contenta más al voto cuatrienal que a la reflexión permanente. Son las cosas de

la vida: Unos hacen la política y la deshacen por no pensarla, otros han de ver cómo la deshacen por no hacerla ellos mismos. Desde luego, lo ideal sería Platón, ejerciendo a la vez de rey y de filósofo, pero tal parece haber sido sueño tan antiguo como evanescente en la historia humana.

Hacia donde apunta el Profesor Rubio Carracedo en el último libro es hacia una relectura de Rousseau más políticamente útil hoy que rusionianamente tópica. Rousseau puede estar vivo en las plazas y en las calles sin jugar a buen salvaje o a radical verbal; la democracia directa, la autogestión postulada por Rousseau a pesar de todas sus vacilaciones puede servir de correctivo a unos estilos democráticos caducos y que a nadie benefician sino a la reacción, también a la reacción del poder al uso. Será esa participación popular la que, una vez fracasados los modelos estatocéntricos dictatoriales, podrá reindicar una mayor reaproximación entre la ética y la política, en la medida en que propicie a su vez una mayor aproximación de un ser humano a otro ser humano.

No acostumbra uno por estos pagos, en fin, a leer estas resis en libros rigurosamente académicos y epistemológicamente irreprochables, razón añadida por la cual son ellos todavía más de agradecer.

Carlos Díaz

DOMINGO MORATALLA, Agustín: *El arte de poder no tener razón. La hermenéutica dialógica de H. G. Gadamer*. Publicaciones de la Universidad Pontificia, Salamanca, 1991. 363 pp.

El profesor Agustín Domingo Moratalla finaliza con la publicación de este libro una larga tarea de recopilación y elaboración conceptual que hemos venido siguiendo de cerca desde sus inicios hasta su culminación en Tesis Doctoral, aunque el presente libro aligera y mejora un trabajo académico como lo fuera dicha Tesis, liberándole de sus inevitables servidumbres.

A lo largo de frondosas páginas desgrana la trayectoria intelectual de Gadamer (capítulo I), la constitución existencial de la lingüisticidad —lenguaje y comprensión— (capítulo II), la constitución de la historicidad —comprender y acontecer— (capítulo III), el acontecer dialógico y la acción de la tradición (capítulo IV), la estructura interpretativa de la racionalidad práctica (capítulo V), para concluir en páginas bien escritas y construidas sobre el arte de poder no tener razón.

No quisiéramos abonar el tópico manido por el cual «este libro viene a llenar un hueco», ni apostar por el «brillante futuro del joven autor», formas ambas de cicatear méritos, al menos para quien, como es el caso presente, no ha escrito un libro bueno por ausencia de otros mejores, sino por méritos propios y por dominio del asunto mismo, y para quien siendo joven tiene además oficio y rigor.

Pero tampoco podemos eludir una pregunta, dictada desde el dolor de quien bien quiere: ¿Es una exigencia actual, un tributo o peaje pagadero a la modernidad el poder no tener razón, por artísticamente que podamos no tenerla? ¿Está excluida de la tradición hermenéutica la asertividad? ¿La asertividad se identifica en el diálogo hermenéutico como una pretensión dogmática y bárbara? ¿no habrá forma humana de afirmar más, de dudar menos, y de comprometerse mejor sin por ello abandonar el último sueño

cartesiano de la filosofía, el arte de la duda? Desde luego, aquel que se contenta con el arte de poder dudar sólo puede hacerlo por dos cosas: Por bisoñez o por magisterialidad. Pero si lo último, entonces la duda deja de ser metódica para devenir retórica.

De este libro hay que agradecer al Profesor Agustín Domingo Moratalla todas sus páginas; además siempre esperaremos de él las mejores: Las de la lógica de la acción propositiva. Es más difícil, cuanta con peor prensa. Pero el profesor Domingo Moratalla está llamado a esta empresa de mayor altura, y bien provisto de sensibilidad humana para ella.

Carlos Díaz

DÍAZ, Carlos: *Yo quiero*. Ed. San Esteban, Salamanca, 1991. 152 pp.

Diez años después de *Contra Prometeo*, un libro que marcó una época de Carlos Díaz y en el que se denunciaba el prometeísmo soberbio de la cultura occidental, publica ahora este libro como complementación y culminación de aquél: proponiendo el valor del querer humano entendido en perspectiva personalista y comunitaria. Recogiendo el aserto que titula el libro, podemos recoger sintéticamente lo que se quiere aquí:

— Afirmar y recuperar un espacio —y un espacio central— para el hombre real, para el humanismo, en el pensamiento y en la cultura, ahora que la ciencia (y la filosofía de la ciencia) han menguado su dogmatismo positivista; pero también ahora que el pensamiento humanista se fragmenta y debilita.

— Recuperar la unidad del hombre: cuerpo y espíritu, razón, voluntad y sentimiento; dimensiones que no pueden darse sino en la unidad e interdependencia de sus dimensiones.

— Afirmar esa centralidad humanista desde una perspectiva personalista: el ser humano no es simplemente una sustancia (cósica) más, sino alguien dotado de un rostro personal y de un valor absoluto.

— Dar prioridad a la dimensión práctica y volitiva de la persona, que se proyecta creativamente sobre la realidad abierta como posibilidad.

— Una voluntad que se realiza sólo en el sentido de la respuesta a valores positivos, en la tensión del bien: como servicio y desde una autoridad magisterial y ejemplar.

— El lugar fundante de la ética es el rostro del otro: no hay personalismo que no sea comunitario y dialogal. Pero se señalan los límites de los diálogos estratégicos y procedimentales al uso, incapaces de incorporar al diálogo a los sin voz, no dotados de «competencia comunicativa» o dotados de ella en condiciones de inferioridad.

— Por ello, el rostro del otro que se reivindica es, ante todo, el del pobre y marginado, que habita en el Sur: la ética ha de cambiar de perspectiva y adoptar la de las 3/4 partes de la humanidad.

— La ética como apertura a lo diverso y a lo distinto de sí, desemboca en la experiencia fundante de la transcendencia religiosa: el yo quiero se descubre fundado por un Querer gratuito y salvador. La pérdida del sentido de lo religioso en Occidente tiene mucho que ver con la crisis de valores y la pérdida del sentido. La recuperación se

postula como vuelta a lo religioso y esto como experiencia fundante del propio querer.

— La clave de toda la experiencia del auténtico «yo quiero» es la conversión, frente a querer fanáticos o neuróticos: la conversión se mueve hacia un ideal pero asume la propia limitación. Sólo el convertido produce verdaderos cambios (sólo él es revolucionario), pues un «yo quiero» convertido se abre al «nosotros queremos», desde el solícito (magisterial y autorizado) «yo te quiero».

El libro está escrito en breves (34) capítulos, a veces casi aforísticos, en los que se apuntan indicaciones críticas, bifurcaciones y alternativas humanas e ideológicas y, sobre todo, líneas de pensamiento y actuación inspiradas en el pensamiento personalista y comunitario del autor. En el libro late una enorme erudición, un conocimiento de primera mano del devenir filosófico, cultural, literario de nuestro tiempo y su tradición. Pero el texto no se detiene en análisis críticos pormenorizados, sino que apoyado en ellos, lanza, casi dispar, sus diagnósticos y propuestas. El enorme andamiaje erudito queda detrás, latente, tras la patente epidermis enunciativa y propositiva. Pero la pasión propositiva, la urgencia ante la crisis y por el acercamiento a un horizonte menos adverso a la persona es tal, que lo propositivo resulta en ocasiones excesivo, si no en el fondo, sí en la forma de realizarlo. Pues, por ejemplo abundan (para mi gusto, en demasía) los «hay que...» y «es menester», que dan a veces al discurso un tono demasiado moralizante.

Por lo demás, este libro expresa un fuerte y concreta voluntad moral (con contenidos definidos), que parece en las antípodas (al menos metodológicas) de las actuales éticas procedimentales y formales, que tratan de fundamentar sólo «lo correcto»; «no hay ética sino de lo concreto, del próximo o prójimo, no hay ética que no sea moral» pp. 79-80), y que difícilmente encontrará eco en muchos ambientes, los dominantes, hoy por hoy bastante herméticos a este tipo de discursos. No en vano sabe Carlos Díaz que su discurso, hoy, sólo puede realizarse corriente arriba y de manera profética y testimonial. Lo que no quita para que este querer personalista y comunitario tenga una voluntad, no de catacumba, sino de foro, de transformación.

José M.^a Vegas

CASADO, Angel: *La Escuela y La Educación Del Pensar*, Ed. UAM. Escuela de Formación del Profesorado «Santa María», Madrid, 1990, 103 pp.

El libro de Angel Casado *La Escuela y la Educación del Pensar* aborda un tema candente y hartamente complejo. Tal vez una de sus virtudes estriba en confesárnoslo abiertamente, dentro de este método autocorrectivo que él mismo propicia. Pero no es sólo la confesión o desocultamiento de las carencias, a fin de hallar remedios, la tarea que Angel Casado nos propone, lo importante es su tanteo en temas muy significativos.

Desde sus primeras páginas, el autor centra con precisión el tema en cuestiones tan claras como las siguientes: la apuesta por una escuela crítica y abierta; el nefasto binomio educación=escolarización; saber-libertad frente al abuso de saber-poder o, en fin, adaptar o liberar.

El punto central de dichos tanteos confluyen en la propuesta del autor: *La Educación*

del Pensar. Esta tarea aparentemente obvia —en animales racionales— se nos revela como una tarea urgente y desusada. Angel Casado desgrana con actitud reflexiva, lenta y delicada, en diálogo con el lector, la actividad del pensar. Y uno se siente enriquecido al preguntarse con el autor temas tan básicos, como qué es la reflexión, el pensar como función crítica, o qué elementos encierra un pensar integrado y comprometido.

Si además dicha reflexión resulta ser integradora, por cuanto encierra elementos como mentalidad abierta, entusiasmo y responsabilidad, sólo nos queda preguntarnos que ¿quién no estaría deseoso de conocer a estos compañeros de viaje, que harían nuestro vivir mucho más feliz y auténtico? Tal vez el problema haya sido que hasta ahora no habíamos sido presentados.

Pero si este tema constituye la clave, me ha llamado mucho la atención lo que considero la conclusión, y se refiere a Aprender a Preguntar. Angel Casado discierne la línea que separa la enseñanza tradicional de una más actualizada: ¿La enseñanza consiste en obtener respuestas o en plantear cuestiones que maestro y alumnos discuten conjuntamente? (pág 62).

La apuesta por el pensar pasa por un aprendizaje del arte de preguntar y una vivencia seria y responsable del diálogo. La razón al servicio de la comunicación. Esta es la perspectiva filosófica que Angel Casado nos sugiere. Y espiga con cuidado y profundidad la importancia de la comunicación, los caracteres del diálogo o expone un minucioso estudio sobre el conocimiento en el niño, para resaltar mediante su argumentación reflexiva o con el lirismo de unas citas con las que comienza esta obra y el inicio de cada capítulo, que es preciso ponernos a pensar. Y si esto es así, aprender a pensar es sinónimo de aprender a amar en una verdadera integración del concepto y vivir del hombre.

Tal vez la sugerencia de estas páginas como notas que acompañan nuestros pasos, cuando dejamos la lectura, sean mucho más amplias que lo dicho en esta obra no muy voluminosa; pero su fluidez y su frescura nos hará realmente bien a profesores y alumnos, caso de que estemos empeñados en ser más educados, más libres y más humanos.

Juana Sánchez-Gey Venegas

VALDES VILLANUEVA, Luis ML. (Ed.): *La búsqueda del significado*, Tecnos-Universidad de Murcia, Madrid, 1991, 601 pp.

Hay dos géneros literarios que suelen ser sintomáticos del afianzamiento curricular de una disciplina y de un cierto consenso entre los que la practican: los manuales o libros de texto y los libros de ejercicios. Ambos géneros literarios suelen estar estrechamente conectados con la actividad docente, porque sus objetivos suelen ser el de servir de adiestramiento a las nuevas generaciones en el paradigma dominante en la disciplina de que se trata. Los libros de texto suelen obedecer a patrones estandarizados y suelen escribirse según reglas comunes para los ámbitos científicos y para los humanísticos. Pero no suele ocurrir lo mismo con esto que he llamado «libros de ejercicios»; porque este segundo tipo de libros, en las disciplinas científicas o técnicas, suelen consistir en libros de problemas tópicos y paradigmáticos que el estudiante debe aprender a resolver para poder demostrar su suficiencia en la disciplina de que se trate. Por su parte, en las disciplinas humanísticas, este tipo de literatura suele consistir en antologías con los tex-

tos más significativos de los clásicos de la disciplina, textos cuyo conocimiento se supone que es el mínimo que los estudiantes deben tener para demostrar su suficiencia. En el caso de los manuales el ideal parece que debe ser el que presenten el panorama actual y completo de la disciplina de que traten, o, dicho en términos kuhnianos, el que sean fieles expositores de la ciencia normal en el momento en que se escriben. En el caso de las antologías, además de estar hechas desde un paradigma determinado, parece que deben recoger también los textos básicos que permitan reconstruir la historia, al menos la más reciente, de los problemas y de los tópicos que se consideran actuales.

En el caso de la filosofía del lenguaje contábamos en España con una media docena de manuales (o libros asimilables a manuales) originalmente redactados en castellano o traducidos que cumplían bastante bien con su función de presentar el panorama actual de la disciplina y sus tópicos más destacados. Incluso contábamos con una historia de la filosofía del lenguaje (E. Bustos, *Introducción Histórica a la Filosofía del Lenguaje*, U.N.E.D., Madrid, 1987) donde se recogían las más destacadas reflexiones filosóficas sobre el lenguaje anteriores a Frege. Pero, por el contrario, no contábamos con ninguna antología de los textos básicos hecha desde los intereses estrictos de la filosofía del lenguaje, como es ésta que ha editado Luis Ml. Valdés. Bien es cierto que existían algunas antologías a las que se recurría para suplir parcialmente esta carencia, pero adolecían de los defectos de haber resistido mal el paso de los años y, sobre todo, de no estar hecha la selección de sus textos desde los intereses estrictos de la filosofía del lenguaje, sino desde otros intereses filosóficos más generales o desde intereses lingüísticos. Aunque sólo fuera por la laguna que viene a rellenar, la conveniencia de la publicación de *La búsqueda del significado* estaría más que justificada. Pero, además de la justificación negativa de la publicación de este libro en función de que no haya otro de parecida factura en el mercado, el libro se justifica positivamente por los valores propios que posee, como intentaré hacer ver más adelante.

El libro se compone de dos partes bien diferenciadas: una introducción del recopilador y una selección de textos. En cada una de estas dos partes se intenta delimitar el ámbito de la disciplina filosófica del lenguaje desde una perspectiva distinta.

En la «Introducción», L. Ml. Valdés propone una delimitación del ámbito estricto de la filosofía del lenguaje recurriendo a lo que se podría llamar la *vía negativa*. Esto es, la delimitación del ámbito propio de la filosofía del lenguaje se hace señalando lo que *no* es o no debe entenderse por filosofía del lenguaje. Y, como es natural, estas diferencias hay que marcarlas con respecto a los tres ámbitos disciplinares que le son más cercanos: la lingüística, la filosofía de la lingüística y la filosofía lingüística. Aunque la lingüística y la filosofía de lenguaje tienen bastantes intereses comunes y el diálogo entre los practicantes de ambas disciplinas ha sido y parece que seguirá siendo intenso, por razones metodológicas y de otro tipo parece acerrada la decisión de Valdés de mantener que ambas disciplinas deban permanecer separadas. Quizá en razón de esta separación Valdés se ha cuidado de no introducir ningún texto de N. Chomsky, a cuya gramática generativa suelen dedicar, al menos, un capítulo casi todos los manuales de filosofía del lenguaje. Pero tampoco debe identificarse la filosofía del lenguaje con la filosofía de la lingüística, como mantuvieron explícita o tácitamente algunos neopositivistas y, curiosamente, mantuvieron también Katz y Fodor en un primer momento, aunque ninguno de los dos sea sospechoso de neopositivismo. Y la filosofía del lenguaje y la filosofía de la lingüística no deben ser identificadas porque la primera tiene el lenguaje como objeto de su re-

flexión, lo que la hace «un área sustantiva de investigación filosófica» (p. 14), mientras que la segunda sería una rama particular de la filosofía de la ciencia, análoga a las diversas filosofías particulares de la ciencia, como la filosofía de la matemática, de la lógica o de la biología. Quizá en razón de esto Valdés no haya ofrecido ningún texto de la corriente filosófica que mantuvo que la filosofía del lenguaje no debería ser más que filosofía de la ciencia, porque «en rigor, la propia expresión "filosofía del lenguaje" resulta un tanto sospechosa por el paralelo que ofrece con la ya justamente desacreditada "filosofía de la Naturaleza", y la primera parece rnenos inaceptable sólo porque, acaso por la misma índole del asunto, no ha caído, como la segunda, en "los sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica"» (Ferrater Mora). Finalmente, la filosofía del lenguaje no debe ser confundida tampoco con la filosofía lingüística, porque lo primero es el nombre de un *tema* o el nombre de una disciplina filosófica, mientras que lo segundo es el nombre de un *método filosófico*. Bien es cierto que quizá, sin que hubiese surgido ese método, no habría nacido la filosofía del lenguaje como disciplina filosófica o tendría un cariz muy distinto al que tiene, porque probablemente la filosofía lingüística haya sido el método más frecuentado por los filósofos del lenguaje. Pero, con que hubiese habido al menos un filósofo del lenguaje que no hubiese compartido el método de la filosofía lingüística —y para muestra baste citar a W. van O. Quine—, ya sería suficiente para que no se identificasen el tema y el método.

Delimitadas negativamente las fronteras de la filosofía del lenguaje en la «Introducción», los textos recogidos en la antología significan una definición positiva, por vía de ostensión, de lo que es la filosofía del lenguaje o de lo que comúnmente se suele entender como tal. Esto es, los 22 textos presentados son una muestra ejecutiva de lo que debe entenderse por filosofía del lenguaje según lo que han entendido las figuras más destacables de esta rama de la filosofía, figuras sobre las que hay consenso en cuanto a su importancia por parte de los practicantes de la disciplina. Y, aunque se podría mantener que no están todos los que son, no es menos cierto que son todos los que están. Estos 22 textos están presentados y agrupados temáticamente en VII secciones; introduciéndose cada sección con una breve nota en la que se da razón de los trabajos recogidos y de su engarce en la problemática general de la filosofía del lenguaje. En la sección I, «Teorías descriptivas de la referencia», se recogen cuatro trabajos clásicos sobre el tema enunciado, de G. Frege, B. Russell, P. F. Strawson y J. R. Searle. En la sección II, «Teorías de la referencia directa», se recogen dos trabajos, de S. Kripke y de H. Putnam, que supusieron un hito, en los años 70, en la críticas de la teoría fregeana de la referencia. La sección III, «Significado y verificación», recoge tres trabajos —uno de C. Hempel y dos de W. van O. Quine— cuyo hilo conductor es su crítica de la concepción verificacionista del significado. A mi entender es en esta sección donde se echa más en falta algún texto que sirviese de contrapeso a los que se ofrecen, pues se presentan dos posturas críticas pero ningún texto en que se defienda la posición criticada. Quizá hubiese sido deseable añadir aquí algún texto de Carnap o, de Ayer, por ejemplo, que sirviesen de contrapeso. En la sección IV, «Significado y verdad», se discuten, con textos de A. Tarski, D. Davidson, P.F. Strawson y M. Dummett, dos ideas básicas heredadas de Frege: que el significado de cualquier oración viene dado por su contribución a las estructuras oracionales y que el significado de una oración viene dado por sus condiciones de verdad. Como no podría ser de otra manera, en la sección V, «Actos de habla», se recogen un trabajo de J. L. Austin y dos de J. R. Searle, con los que se pone en entredicho la tesis neopositivista

clásica de que sólo las oraciones enunciativas pueden ser significativas. En la sección VI, «Significado e intención», se recogen dos trabajos de H. P. Grice que son representativos del giro pragmático que este filósofo dio a la teoría del significado con sus tesis del significado del hablante y las implicaciones conversacionales, como corrección, respectivamente, a la pretensión objetivista de la existencia de un significado en las preferencias al margen del hablante y a la noción de implicación lógica estricta que hasta entonces se venía aplicando. Finalmente, en la sección VII, «Algunas propuestas recientes», se recogen tres trabajos —de J. Barwise y J. Perry, de G. Harman y de D. Sperber y D. Wilson— en los que se sintetiza la semántica de situaciones y se desarrollan algunas ideas pragmáticas en diálogo, básicamente, con Grice.

Esta selección de textos tiene dos virtudes fundamentales que hacen que su lectura sea imprescindible para cualquier persona que quiera estar informada sobre qué sea eso de la filosofía del lenguaje: 1, el propio trabajo de recopilación y selección; y 2, su función pedagógica.

Con respecto al primer punto, *La búsqueda del significado* es el fruto de un esfuerzo por recoger lo más granado de los textos clásicos y actuales de la filosofía del lenguaje, consiguiendo poner al alcance del lector castellano textos de una relativa dificultad de consulta dada la diversidad de publicaciones en que han aparecido a lo largo de los casi cien años que van desde el trabajo más antiguo al más moderno de los recopilados. Aunque muchos de estos trabajos ya habían sido publicados anteriormente en castellano, siempre resultaba tedioso hacerse con ellos. Pero, además, es de agradecer que se ofrezcan algunos textos, muy citados y estudiados por los especialistas, pero que habían tenido la mala fortuna de no encontrar traducciones al castellano. En este sentido es relevante el que se ofrezcan dos de los textos más importantes de Grice. Y ello es así porque la fortuna histórica de Grice ha sido muy curiosa. Por una parte Grice ha tenido el suficiente éxito filosófico como para que, sin haber publicado en vida ningún libro, no haya manual de filosofía del lenguaje que no le dedique alguna lección; pero, por otra parte, ha tenido la mala fortuna de que sus trabajos no hayan sido vertidos al castellano hasta este momento, si exceptuamos su artículo primerizo «Meaning», cuya traducción apareció en *Cuadernos de Crítica* veintidos años después de su publicación original.

Con respecto al segundo punto, en *La búsqueda del significado* hay que destacar su fundamental intención pedagógica. Y ello no sólo porque Valdés señale explícitamente que este libro es el fruto de las necesidades sentidas durante quince años de docencia de filosofía del lenguaje (p. 20), sino, y más fundamentalmente, por su estructuración y por su utilidad futura. Efectivamente, este libro es un complemento ideal de cualquier manual de filosofía del lenguaje, pues en él los lectores pueden encontrar los textos básicos a los que suelen referirse los manuales de la disciplina. Pero, además las siete secciones en que se divide el libro tienen otras dos grandes virtudes de cara a la tarea docente a la que me estoy refiriendo; la de ser, a la vez, una buena síntesis de las peripecias históricas que a la filosofía del lenguaje han acontecido desde la doctrina fregeana de la referencia a la actual semántica de situaciones y la de ser un completo programa docente de los tópicos de la disciplina. Esto es, el libro puede ser útil lo mismo porque cumple con su objetivo primario de ser una antología de textos de filosofía del lenguaje que por ser una historia de la filosofía del lenguaje y un programa docente de la disciplina. Todo esto lo

convierte en un perfecto auxiliar de clase para los profesores de la disciplina, en un programa docente y en un libro de trabajo sumamente adecuado para los estudiantes.

A pesar de todo ello, echo de menos dos cosas que el editor debería tener en cuenta en un futuro para rectificarlas, si es posible. A la primera falta que he notado ya he hecho referencia de pasada; y radica en la ausencia de algún texto de Carnap o de Ayer, por ejemplo, donde se presente la teoría verificacionista del significado por alguno de sus defensores más conspicuos. Y, sobre todo, echo de menos el que no se haya recogido ningún texto de Wittgenstein, a pesar de que su filosofía (o sus filosofías) está gravitando en muchos de los trabajos recogidos por Valdés y, desde luego, no parece que sea posible hacer filosofía del lenguaje sin tener presente a Wittgenstein. Quizá el editor podría argumentar a su favor que lo esencial de Wittgenstein al respecto está traducido y que no hay ningún texto de este filósofo análogo por su factura a los que él recoge. Esto es cierto, pero podría haber hecho alguna selección de textos del *Tractatus* y de las *Investigaciones Filosóficas* para que la ausencia de Wittgenstein no fuese tan notoria. La segunda falta que he notado radica, a mi entender, en que, puesto que el libro tiene una manifiesta voluntad docente, se debería haber añadido una bibliografía básica que hubiese redondeado la utilidad docente que creo que tiene. Las referencias bibliográficas que se deberían haber recogido deberían haber incidido en los tres temas centrales de *La búsqueda del significado* y deberían haber conestado de referencias a los trabajos sobre la discusión de qué sea la filosofía del lenguaje, de una selección de trabajos sobre los tópicos centrales que se discuten en las siete secciones del libro y de otra sobre los autores cuyos trabajos se recogen.

Pedro José Chamizo Domínguez